

UNA BASE IMPERMEABILIZANTE DE LOS POPULISMOS: BOLIVIA Y SU HISTORIA RECIENTE

MARÍA TERESA PINTO OCAMPO*

Desde tiempos inmemoriales se ha considerado que la democracia requiere, además de ciertas condiciones externas como la estabilidad económica, un tipo de ciudadano participativo. La primera condición fue diseñada por Seymour M. Lipset, quien estableció como la estabilidad democrática estaba relacionada con el desarrollo económico, medido éste en términos de industrialización, riqueza, urbanización y educación¹. Lo segundo ha sido permanentemente cuestionado, pues a esta visión participativa de la democracia se le contraponen aproximación elitista como la formulada de manera reciente por académicos como Cohen y Arato². Esta aproximación elitista considera que la democracia es la competencia por el caudillaje político y que el exceso de participación popular puede ser negativo en términos institucionales, tal como lo había señalado Joseph Schumpeter. Hace

por lo menos dos siglos, Tocqueville ya consideraría que la presencia de fuertes organizaciones sociales generaba espacios libres de la intervención institucional y que aquéllas constituían arenas esenciales de democratización política. Para este autor, las “asociaciones libres” eran la base para la fortaleza y la estabilidad de una democracia, donde éstas se constituían en espacios por fuera de la política formal y era desde allí que se desarrollaba uno de los más importantes contrapesos a las prácticas autoritarias de posibles líderes (tanto populistas como no populistas).

De la misma forma como Samuel Huntington lo señala cuando dice *“Entre las leyes que rigen a las sociedades humanas -señaló Tocqueville- hay una que parece mucho más precisa y clara que todas las demás. Si los hombres quieren seguir siendo civilizados o llegar a serlo, el arte de asociarse debe crecer y perfeccionarse en la misma*

* Politóloga Universidad Nacional de Colombia, magíster en estudios políticos y ciencia política, y profesora de la Universidad del Valle. Correo electrónico: maritepi@univalle.edu.co Artículo entregado el 13 de febrero de 2006. Aprobado el 3 de abril de 2006.

¹ Lipset, 1992.

² Cohen y Arato, 2002, Schumpeter, 1952.

*proporción en que aumenta la igualdad de condiciones*³. Asimismo, Lipset estableció que la persistencia de instituciones y organizaciones intermedias son necesarias y deben tener la suficiente capacidad de actuar como fuentes de poder compensatorio y de reclutar participantes en el proceso político⁴. Por otro lado, David Held anota como, durante la etapa de la democracia desarrollista, las principales amenazas para la democracia eran la tiranía de la mayoría y el florecimiento del poder gubernamental, amenazas que, siguiendo a Tocqueville, se evitaban con la independencia personal y una amplia red social de organizaciones que impidieran la constante presencia del gobierno en la vida diaria⁵.

En esta misma línea, Tarrow, interpretando al ya mencionado Tocqueville, indicaba que:

“los Estados centralizados (léase Francia) se engrandecen debilitando y eliminando las formaciones corporativas propias de la sociedad civil. El resultado será así que *cuanto más fuerte sea el Estado, más debilitada estará la tendencia a la participación institucional y mayores incentivos habrá para un tipo de acción colectiva volcada en la confrontación y la violencia* [...] Por el contrario en Estados débiles (léase Estados Unidos) existen sociedades civiles fuertes que pueden desarrollar libremente formas de

participación amplias y modernas, permitiendo el florecimiento de la democracia liberal y resistiéndose al tipo de confrontaciones violentas que Tocqueville deploraba en el caso de la Revolución Francesa⁶.

Más adelante, y desde una óptica individualista, Almond y Verba consideraron que, además, la democracia se sustentaba, en los elementos operativos propios de la institucionalidad democrática (como, por ejemplo, burocracia racional, partidos políticos y medios de comunicación), en componentes simbólicos más sutiles dados por las características más difusas del sistema de creencias o de códigos de relaciones personales propias de la cultura política. Esta es definida como aporte en la construcción de la democracia, pues “*La cultura política de una nación consiste en la particular distribución entre sus miembros de las pautas de orientación hacia los objetivos políticos*”⁷. Éstos componentes culturales tenían que ver con un tipo de ciudadano que participaba activamente del sistema político, en particular en el proceso de toma de las decisiones políticas: “*las democracias se mantienen gracias a la participación activa de los ciudadanos en los asuntos públicos, a un elevado nivel de información sobre estos mismos asuntos y a un sentido muy difundido de responsabilidad cívica*”⁸.

³ Huntington, 1990: 16.

⁴ Lipset, Ob. cit., 128-129.

⁵ Held, 1987: 94-131.

⁶ Tarrow, 1999: 78.

⁷ Almond y Verba, 1992: 180.

⁸ Ibid., 177.

Frente a este contexto general de discusión académica en torno a la relación entre democracia y participación política yo abordaré el caso de Bolivia. Esta presentación estará centrada en la pregunta por la presencia o ausencia de populismos o neopopulismos en este país andino. En tal sentido, el artículo busca presentar una reflexión sobre la particularidad política boliviana con respecto de la inclusión en la categoría de neopopulista, teniendo como referencia general el modelo de democracia de este país.

1. EL POPULISMO: SUS APROXIMACIONES TEÓRICAS Y SUS EXPLICACIONES HISTÓRICAS

El populismo constituye uno de los conceptos más debatidos por los académicos interesados en el estudio de la realidad de América Latina. Es así como sus aproximaciones teóricas han sido variadas, conduciendo a una discusión sobre la rigurosidad conceptual del término debido a los altos grados de ‘estiramiento’ conceptual⁹, por ejemplo, cuando se supone que el populismo explica todo aquello que nuestros países tienen de diverso: como la cultura política, las formas de interacción entre el Estado y la sociedad civil, los estilos políticos de los líderes, entre otros, y

‘encogimiento’ conceptual, por ejemplo, el populismo ha sido caracterizado por cierto tipo de políticas macroeconómicas específicas¹⁰ con las que se ha visto envuelto este concepto.

En esta reflexión introductoria presento un muy somero estado del arte sobre los principales acercamientos a través de los cuales se ha conceptualizado el populismo. En tal sentido, trabajo con textos que debaten el tema tales como Felipe Burbano y Carlos de la Torre, René Mayorga y por último a Carlos de la Torre¹¹.

Uno de los primeros marcos conceptuales utilizados para explicar las prácticas populistas en América Latina fue la teoría de la dependencia. Según Hagopian¹², esta teoría se sustentó en los desarrollos académicos de una generación de latinoamericanos que cuestionaron los postulados del desarrollo político. Esta aproximación (eclectica) apremió un cambio desde los niveles de análisis centrados en lo nacional hacia unas nuevas categorías y explicaciones enfocadas en el sistema internacional. Los teóricos de la dependencia argumentaron que el sistema internacional aseguraba un subdesarrollo permanente e insistieron en que parte supuestamente moderna de sus sociedades necesitó y sacó provecho de las áreas rurales y de los mercados laborales informales urbanos de la parte

⁹ Collier y Mahon, 1993.

¹⁰ Por ejemplo, Dornbusch y Edwards, 1992.

¹¹ Quien a su vez sigue a Pécaut (1987: 245-254) y Roberts (1996: 84-5).

¹² Hagopian, 2000.

tradicional para comida barata y trabajo. Estos teóricos de la dependencia rechazaron la dicotomía tradicional-moderna de la literatura del desarrollo político y predijeron que la parte tradicional de la sociedad no se modernizaría fácilmente. Los dependentistas argumentaron que el desarrollo dependiente engendró patrones muy diferentes de desarrollo social y político de los anticipados por la teoría de la modernización. Según esta aproximación, el populismo es un movimiento social e ideológico que refleja la crisis del modelo agroexportador y del Estado oligárquico, y que conduce a la fase del desarrollo económico latinoamericano propia de la segunda etapa del proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

Con una línea argumentativa bastante similar, Steine consideraba al populismo como una respuesta política a la crisis estructural originada por la transición de unas sociedades centradas en la exportación de productos agropecuarios (s. XIX) a unas sociedades masificadas y urbanas (s. XX). Esta situación produjo el resquebrajamiento político, pues las elites tradicionales parecieron incapaces de neutralizar estas nuevas masas de trabajadores desarraigados. Los contextos en que se desarrollaron los movimientos populistas son: el proceso de urbanización que ocasionó una discontinuidad en la estructura social promovida por los rápidos procesos

de urbanización; el crecimiento, en tamaño e importancia, de las masas urbano populares y el aumento de su potencial amenazador contra el *status quo*; el desarrollo de inequidades sociales y económicas dentro de estos sectores y, finalmente, la depresión de los años treinta¹³.

Dentro de esta perspectiva tenemos dos corrientes: por un lado, los estudios que parten de las reflexiones de Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático-autoritario y, por otro lado, las interpretaciones dependentistas-marxistas. En cuanto a la corriente desarrollada en torno del Estado burocrático-autoritario, ésta distingue diferentes tipos de intermediación entre los gobernantes y los gobernados, según las etapas del desarrollo latinoamericano y del modelo económico y de la estructura de clase que le son propias: el modelo oligárquico, el modelo populista y el modelo burocrático-autoritario (Cuadro 1). Guillermo O'Donnell¹⁴ considera los tipos de sistemas políticos como productos de una secuencia histórica que incluye las características de la estructura del régimen político nacional, la composición de clase y sectorial de la coalición política dominante y las políticas públicas. Inicialmente tenemos el régimen oligárquico donde la competencia política tiene un alcance limitado y estos sistemas no son ni incorporadores ni excluyentes, pues el sector popular no está políticamente activado, la composición de clases está

¹³ Steine, 1980.

¹⁴ O'Donnell, 1985: 29-30.

dominada por la elite del sector exportador de productos primarios basada en productos minerales y agrícolas, una elite agrícola y minera que domina al Estado y orienta las políticas públicas alrededor de sus necesidades. A continuación tenemos los gobiernos populistas, que son sistemas incorporadores, con una coalición multi-clasista de intereses urbanos e industriales que incluye a la elite industrial y al sector popular urbano. Finalmente, tenemos

los sistemas burocráticos autoritarios que son sistemas excluyentes con un énfasis no democrático, en el cual los actores principales de la coalición dominante son los tecnócratas de alto nivel militares y civiles, de dentro y de fuera del Estado-que colaboran en estrecha asociación con el capital extranjero.

Por otro lado, las interpretaciones dependentistas-marxistas de Agustín Cueva, Octavio Ianni y Spalding, quienes

Cuadro No. 1

ETAPAS DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

Modelos de dominación	Modelo económico dependiente	Estructura de clase	Tipo de movimiento de protesta	Tipo de Estado
Oligarquía (S XIX-1930*)	Exportación de artículos primarios (minería y agricultura)	No existe sociedad capitalista como tal, no hay sociedades de clases sino estamentales en las que priman relaciones de tipo paternalista	Movimientos de liberación nacional del control de la metrópoli	El Estado es dominado por elites oligárquicas que controlan las actividades extractivas
Populista	Industrialización por sustitución de importaciones	Sistema de clases propio del desarrollo capitalista	Mobilización política controlada dentro de canales corporativos y por medio de medidas económicas distributivas que tienen como objeto la ampliación del mercado interno	Populismo sustentado en coaliciones interclasistas entre élites industriales y el sector popular urbano
Burocrática autoritaria	Profundización del proceso de industrialización	Sistema de clases propio del capitalismo industrializado	Represión y exclusión del sector popular previamente movilizado por las experiencias populistas	Coalición del capital monopolítico extranjero, y sus aliados nacionales, con la tecno-burocracia civil militar

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Burbano y De la Torre (1989: 14-15) y de Collier (1985).

* Crisis del sistema capitalista mundial.

** Termina con la crisis del período fácil de sustitución de importaciones y con la necesidad de garantizar condiciones de estabilidad política y social a las multinacionales (únicos actores que poseen los grados de capital y tecnología para paliar la crisis).

enfatan en el proceso de formación del capitalismo y en la lucha de clases. Para el caso del populismo en Colombia tenemos el texto de Palacios donde se esbozó la tesis de que después de 1958 el populismo no tiene posibilidades de expresarse como una nueva forma de dominio burgués, el Estado populista, pero sí como una forma espontánea de expresión política popular producto de la crisis en la estructura de poder bipartidista¹⁵. La crítica fundamental a este marco conceptual para analizar el populismo fue su determinismo económico, pues suponía que el populismo, considerado como la superestructura, correspondía a una etapa del desarrollo económico, o sea la estructura.

Según René Mayorga, el segundo gran marco conceptual utilizado en el estudio de los procesos populistas en América Latina fue el de las teorías funcionalistas de Smelser, Di Tella, Dix y Germani¹⁶. El populismo es considerado desde una perspectiva histórico-sociológica, pues aborda la movilización social y las coaliciones políticas que surgen del contexto de la crisis del modelo de dominación de la oligarquía en las etapas tempranas de transición de las sociedades tradicionales a las modernas. De la misma manera, el populismo es un movimiento social e ideológico que se origina en la transición

de la sociedad tradicional a la moderna debido a que los cambios estructurales bruscos rompen los lazos de solidaridad tradicional de los individuos, por ejemplo lo sucedido con el proceso de urbanización o de industrialización y esto hace que se desarrollen masas vulnerables a “*demagogos sin escrúpulos*”¹⁷. Entre las características que generan esta sociedad de individuos desadaptados, llamada sociedad de masas tenemos “... *la pérdida de autoridad por parte de las elites institucionales y la pérdida de comunidad que conduce a un aislamiento progresivo de los individuos y a la aparición de unas relaciones sociales amorfas*”¹⁸.

En palabras de uno de los más importantes exponentes de esta aproximación:

“A través de esta teoría de la sociedad de masas se puede aunar un buen número de observaciones acerca de los fenómenos políticos en organizaciones, clases, comunidades particulares, y sociedades en general, para formar una imagen coherente de las condiciones que favorecen las conductas de masas en política. Los grupos especialmente vulnerables a los movimientos de masas manifiestan grandes discontinuidades en su estructura durante períodos de cambio. Así, el comunismo y el fascismo ganaron fuerza en sistemas sociales que estaban sufriendo cambios repentinos y amplios en la estructura de autoridad y de la

¹⁵ Palacios, 1971.

¹⁶ Mayorga, 2002.

¹⁷ Tilly, 1998: 25.

¹⁸ Tejerían, 1998: 112.

comunidad. Graves rupturas causadas en el tejido social por el extenso desempleo o por una importante derrota militar son muy favorables a la acción política de masas¹⁹.

De esta manera, la participación popular es explicada a través del concepto de “masas disponibles”, refiriéndose a actores sociales desarraigados y anómalos que no se integran a la sociedad, y que, al carecer de ideología sistemática, se unifican a través de un líder carismático: *“Dos teorías diferentes del cambio confluyen en este paisaje. La primera sostiene que el cambio estructural amplio y/o abrupto destruye los coercitivos y protectores lazos sociales. La segunda afirma que tal disolución de coacciones facilita las alianzas entre los individuos atomizados y los líderes extremistas”*²⁰.

Varias fueron las críticas que se le hicieron a esta aproximación. Primero, las críticas de la escuela norteamericana del conflicto, con exponentes como Charles Tilly, quienes analizan cómo los cambios estructurales bruscos no dan cuenta del surgimiento de los movimientos sociales ya que estos son explicados por los recursos y la capacidad organizativa de los actores sociales y por la relación conflictiva con los que detentan el poder²¹. Es lo que argumentan Tilly, Tilly y Tilly cuando se preguntan: ¿Cómo la naturaleza de la acción colectiva se ve afectada por el

surgimiento de modos de vida propios de la sociedad urbana e industrial? Y quiénes critican la óptica desintegracionista a la acción colectiva que supone que la:

“idea de que la violencia colectiva aparece como un resultado colateral de los procesos de desintegración de una sociedad. Desde esta perspectiva, las grandes reestructuraciones sociales como la urbanización y la industrialización tienden a disolver los controles existentes sobre el comportamiento antisocial, precisamente en un momento en que la reestructuración somete a muchos hombres a incertidumbres y tensiones. A su vez, las tensiones aumentan la tendencia hacia el comportamiento antisocial. Ese comportamiento puede tomar la forma de desarreglos personales, crímenes, o protestas. Entonces la sociedad o bien sucumbe a la amenaza, o bien contiene el comportamiento antisocial como a una llaga, o emprende una nueva fase de integración [...]. El punto final del proceso, según la mayoría de las versiones de esta teoría, no corresponde al status quo anterior sino a un nuevo equilibrio”.

Segundo, las críticas de los paradigmas que se centran en la identidad como incentivo de la movilización, para quienes más que entender los movimientos sociales como la expresión del extremismo, de la violencia o de la privación, éstos de-

¹⁹ Kornhauser, citado en Tilly, 1998: 26.

²⁰ Tilly, 1998: 26.

²¹ Tilly, Tilly y Tilly, 1997: 14.

bían ser analizados como la expresión de desafíos colectivos, que tenían como base objetivos comunes y fuertes solidaridades sociales²². Tercero, la falta de rigurosidad del análisis populista como movimiento social de esta aproximación teórica. Frente a las diferentes críticas de las que fue objeto esta aproximación Charles Tilly señalaba que, si bien estas aproximaciones son inadecuadas a la hora de explicar el desarrollo de los movimientos sociales, es importante recuperar preguntas que desde entonces se realizaban como: ¿qué relación sistemática existe, si es que existe alguna, entre cambio social a gran escala y los cambios en la movilización política popular?, y ¿qué impacto, si es que tiene alguno, tienen las variadas formas de acción política popular sobre el curso del cambio social a gran escala?²³

La tercera y última aproximación metodológica utilizada frente al fenómeno del populismo fue la reflexión, surgida del seno del posmodernismo, que lo analiza como discurso político desde una óptica ideológica que articula la constitución de “lo popular” y la contradicción entre este actor y las clases dominantes²⁴. Dentro de los planteamientos postestructuralistas, muchos de ellos influenciados por la obra de Louis Althusser y Antonio Gramsci, pues plantean la importancia de los estudios

culturales y de la ideología dentro de los estudios marxistas, tenemos los textos de Ernesto Laclau quién analiza las problemáticas de la ideología y del discurso político. Según él “*lo que transforma un discurso en populista es una peculiar forma de articulación de las interpretaciones popular-democrática al mismo. Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpretaciones popular democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante*”²⁵. En este sentido, el populismo es producto de una crisis del discurso de la ideología dominante que es parte de una crisis social más general.

Varias de las críticas hechas a la aproximación postestructuralista es que interpreta de modo bastante general el fenómeno del populismo y no responde a preguntas como ¿cuáles son las claves del populismo, su base social, su estilo organizativo, sus políticas?, entre otras. Ahora bien, aparte de estas tres grandes aproximaciones metodológicas, dos tipos de explicaciones del fenómeno del populismo emergen: la primera centrada en el clientelismo y la segunda basada en la cultura política.

La explicación que tiene como base el clientelismo político supone que, en donde los sectores populares viven en condiciones

²² Tarrow, 1997.

²³ Tilly, 1998.

²⁴ Mayorga, 2002.

²⁵ Laclau, citado en Burbano y De la Torre, 1989: 22.

precarias y donde el sistema político es poco receptivo, los sectores populares se relacionan con el Estado y los partidos políticos a través del clientelismo (allí los sectores populares intercambian su voto y apoyo por la concesión de ciertos servicios privados) y ese clientelismo asume su forma más expresiva en el populismo. Estos acercamientos han sido objeto de varias críticas. Por un lado, que no aclara la preferencia de los sectores populares hacia el populismo “*las tendencias populistas ofrecen algo más que la obtención de bienes y servicios*”²⁶. Por otro lado, la concepción racional de comportamiento político trae limitaciones al concepto de clientelismo como marco conceptual para explicar el comportamiento político de los sectores populares. Según Alain Touraine, en América Latina la acción colectiva tiene “*una fuerte capacidad expresiva y una marcada debilidad instrumental*”²⁷. En cuanto a la aproximación que privilegia la explicación a través de la cultura política ésta supone que en los países donde se dan las prácticas populistas, el sistema político representativo no brinda condiciones de arraigo emocional y pertenencia colectiva para los sectores populares, que permitiría constituir su identidad colectiva, aquéllos que buscan en el populismo y su identificación con un líder carismático suplir esa carencia.

2. NUESTRA PROPUESTA CONCEPTUAL

Frente a las diferentes aproximaciones conceptuales al concepto de populismo, considero que para los objetivos del presente artículo, lo más indicado es abordar el populismo desde una óptica estrictamente política, centrada en el tipo de vínculo que se desarrolla entre los ciudadanos y los políticos. Este vínculo tiene un fuerte contenido carismático y está basado en un discurso político que enfatiza en la lucha entre el pueblo y la elite. Hawkins anota como el concepto de vínculo carismático entre los votantes y los políticos está explícitamente relacionado con la noción trabajada previamente con Weber de carisma, que supone que el líder y los seguidores están entrelazados por las condiciones extraordinarias del líder²⁸. Se argumenta también en favor de una mentalidad que diferencia fuertemente entre el “*ellos-nosotros*” y unas proclamas al “*pueblo*”. Según esta argumentación, el populismo no hace referencia a una ideología específica, a un período o a una alianza de clase, sino a un estilo de hacer política que es más efectivo políticamente en algunos períodos que en otros²⁹.

Asimismo, Knight considera que es necesario diferenciar entre movimientos

²⁶ Burbano y De la Torre, 1989: 23.

²⁷ Touraine, citado en Burbano y De la Torre, 1989: 23.

²⁸ Hawkins, 2003: 1138-1139.

²⁹ Knight, 1998.

populistas, líderes populistas y regímenes populistas. Los movimientos populistas hacen referencia a la presencia de grupos que tienen discursos populistas dentro de la sociedad sin llegar necesariamente a controlar el Estado, estas movilizaciones tienen una forma organizativa propia que se caracteriza por los encuentros masivos en las plazas públicas, contrario a la política de los cafés y los salones. Las políticas populistas hacen referencia a la existencia de tendencias populistas dentro de los manejos del Estado. Finalmente, los gobiernos populistas implican que, no sólo existen algunas políticas populistas aisladas, sino que todo el gobierno tiene como base la experiencia populista. Es importante anotar como dentro de estos tres tipos de formaciones populistas el grado de profundidad puede variar de acuerdo con la intensidad del populismo mismo.

En este sentido, yo considero al populismo como una estrategia política y una experiencia de movilización sociopolítica. Cabe quizá aquí recordar las distinciones hechas por Guillermo O’Donnell sobre los tres tipos de mediación entre el Estado y la sociedad que se han desarrollado en América Latina³⁰: la nación, la ciudadanía y lo popular. La nación hace referencia a las solidaridades del ‘nosotros’ en contraposición al ‘ellos’. La ciudadanía hace refe-

rencia a una serie de obligaciones mutuas entre el Estado y los ciudadanos que están definidos por su apego legal al mismo Estado en tanto construcción de la ley. En cuanto a lo popular éste hace referencia a un “estilo político” que se caracteriza por los seis elementos ya anotados. Esta diferenciación nos invita a pensar cómo en Colombia pudieron haber primado las mediaciones nacionales y de ciudadanía como mecanismos de inclusión y control social, lo que hizo innecesaria la referencia a lo popular. Lo nacional estaría representado en el papel integrador que tuvieron los partidos gracias a los permanentes enfrentamientos entre los dos partidos y la ciudadanía podría ser pensada en el clientelismo como un tipo de ‘obligaciones mutuas’ que si bien no tienen el carácter formal sí constituyen prácticas informales de la legalidad en la que los sectores marginados son incorporados a la política formal, bien sea en lo político o en lo económico³¹. Ahora bien, podemos afirmar que el populismo se fundamenta en un discurso y una práctica política caracterizada por:

- a. Apelación directa al ‘pueblo’ como forma moral superior: *“esto trasmuta el discurso populista en una lucha por valores morales que excluye la posibilidad de compromiso o*

³⁰ O’Donnell, citado en De la Torre, 1997: 14.

³¹ Para el caso del corporativismo O’Donnell (1998) caracteriza las estructuras que vinculan al Estado y a la sociedad como módulos.

*diálogo con el oponente. Por ello el populismo tiene una relación ambigua con los procedimientos de la democracia liberal*³².

De igual manera, y como es expresado por Kurt Weyland, el líder populista requiere de un enemigo claramente identificable frente al cual justificar su liderazgo y de fracturas sociopolíticas simples para poder apelar a la noción del “pueblo”. Esta apelación directa al pueblo implica la conexión personal entre el líder y los sectores que lo apoyan³³.

- b. Mesianismo político pues el líder simboliza al pueblo y es la expresión del “*interés general*”. Para O’Donnell, este mesianismo supone una activación controlada del sector popular que impide que su activación política amenace al nuevo sistema de dominación. En este sentido, el populismo es tradicionalmente contrario a las instituciones políticas partidistas y establece prácticas de gobierno personalistas, desinstitucionalizadoras y autoritarias³⁴. Como lo ha argumentado Weyland, el líder se relaciona con los seguidores a través de una directa y casi personal estrategia que pasa por alto las organizaciones de intermediación establecidas, en especial los partidos políticos; si el líder crea o revive un viejo partido populista, lo mantiene como un vehículo personal con un bajo nivel de organización. Igualmente, el

mesianismo político supone que los líderes políticos se presentan como salvadores y, en consecuencia, la política es vista como una batalla entre “ellos” contra “nosotros”.

- c. Carencia de una postura ideológica anclada en la lógica izquierda/derecha y ausencia de una política programática. Esta ausencia se da debido a la lógica personalista del estilo político del líder populista y es permitida, asimismo, por el tipo de identificación carismática que se desarrolla entre los seguidores y el líder.

3. DISCUSIÓN SOBRE EL POPULISMO Y EL NEOPOPULISMO

Inicialmente los trabajos sobre el populismo en América Latina se centraron en los estudios de los gobiernos con una tendencia política de izquierda. Por ejemplo, los gobiernos de Getulio Vargas en Brasil (1930-1945 y 1950-1954), Juan Domingo Perón en Argentina (1946-1955) y en Perú durante el gobierno de Alan García (1985-1990). Pero con la forma de hacer política que implementaron varios gobiernos durante la década de los noventa en América Latina, en particular el gobierno de Alberto Fujimori en el Perú, se consideró necesario replantear la relación entre populismo y políticas eco-

³² De la Torre, 1997: 14.

³³ Weyland, 1999: 381.

³⁴ Barr, 2003: 1162, Mayorga, 2002.

nómicas heterodoxas, pues varios de los gobiernos que adaptaron y encaucharon el populismo en América Latina, una vez llegaron al poder, implementaron políticas neoliberales en sus respectivos países.

Es así como algunos autores consideraron que la presencia de estos nuevos líderes políticos en la década de los noventa era una excepción frente a las explicaciones del populismo clásico, ya que éstos introducían nuevos repertorios políticos que no coincidían de manera clara con las prácticas populistas de los líderes de las décadas anteriores y aplicaban políticas ortodoxas. Por ejemplo, las manifestaciones masivas y las plazas llenas dejaron de estar presentes durante estos nuevos gobiernos para dar paso a la “ciudadanía de las encuestas”, donde los electores manifiestan sus preferencias, no a través de los canales tradicionales de expresión como las huelgas, las protestas masivas y los apoyos en manifestaciones, sino a través de las encuestas. Asimismo, el discurso “*antioligárquico*” que atacaba a la elite del sector exportador de productos primarios, que caracterizó los discursos de los líderes populistas clásicos, dio paso a una nueva estructura de confrontación donde los partidos políticos tradicionales empezaron a ser los principales focos de las críticas y los ataques. Dentro de los estudios anglosajones se utilizó el apelativo

outsider para dar cuenta de estos nuevos líderes políticos que llegaban al poder desde *afuera* de las instituciones tradicionales, como los partidos políticos, y sustentaban su discurso político en la crítica a las formas de hacer política de los partidos políticos tradicionales³⁵.

Frente a estas posturas, uno de los autores que busca analizar la nueva realidad política latinoamericana que permite la combinación entre liberalización económica y populismo ha sido Weyland. Para este autor, los puntos de encuentro entre populismo y neoliberalismo son, por un lado, que ambos apelan directamente a los individuos sin intermediarios y, por otro lado, que ambos tienen una orientación contra el *status quo* y comparten una visión contra la sociedad civil organizada; ambos practican la concentración del poder para confrontar intereses contrapuestos. Es así como las condiciones que permiten y potencian que el populismo surja en las democracias modernas es la debilidad de las organizaciones intermedias, en especial los partidos políticos. En los contextos políticos con partidos altamente institucionalizados existe un bloqueo al ascenso de líderes populistas por la presencia de lealtades de los votantes a estas organizaciones de intermediación centrales dentro de la democracia³⁶.

³⁵ Mayorga, 2002.

³⁶ Weyland, 1999: 383-384.

4. LOS POPULISMOS EN EL CASO DE BOLIVIA

En este aparte del presente artículo expondré las condiciones que han impedido el éxito político de líderes populistas en Bolivia. Entenderé el “*éxito*” como la capacidad de los líderes populistas de acceder y mantenerse en el poder con la independencia que requiere su propio “*estilo de hacer política*”. Para esto presentaré un análisis de algunos elementos históricos y del nivel organizativo de la sociedad civil en Bolivia.

Los ecos del pasado: cooperación partidista e inclusión subordinada

La estrategia política fuertemente anclada en el quehacer de Bolivia es la de alianzas y coaliciones. Esta maniobra política tiene dos contextos privilegiados donde se ha desarrollado, por un lado, el contexto político institucional y, por otro lado, el contexto de interrelación entre los sectores populares y los gobernantes. En el contexto político institucional, las alianzas que se han desarrollado tienen como principal actor a los partidos políticos y como principal escenario el parlamento, es allí donde se ha construido una matriz de interacción a través de pactos y consensos

políticos entre los partidos para cimentar la gobernabilidad. (Estas alianzas se despliegan por varias razones, por un lado, el consenso de las elites gobernantes en cuanto a las políticas de ‘ajuste’ macroeconómico y, por otro lado, el equilibrio electoral entre los partidos políticos que los obliga a apoyarse en acuerdos parlamentarios para acceder a la presidencia, generando la política de consensos gubernamentales.)³⁷

Del mismo modo, el sistema electoral ha favorecido el establecimiento de los acuerdos interpartidistas, por ejemplo, la Ley Electoral del 8 de abril de 1980 y la Ley Electoral de 1986. Según Eduardo Gamarra, con estas leyes se buscaba concentrar la representación partidista en pocos partidos (ADN, MNR, MIR) y prevenir la proliferación de los llamados “*taxis partidos*”, pues se decía que eran organizaciones políticas que podían organizar su asamblea general en un taxi³⁸. Estas reformas obligaron a los partidos que no obtuvieran por lo menos 50.000 votos a pagar los costos de la impresión de sus papeletas de votación, pero para garantizar la representación de estos partidos minoritarios, la ley permitió alianzas y coaliciones entre los partidos, sobre todo a través del apoyo por parte de un pequeño partido a un presidente de un partido mayor a cambio de posiciones dentro de la lista del partido³⁹.

³⁷ Mayorga, 1997, Gamboa, 2001: 106.

³⁸ Gamarra, 1997: 377 y 369.

³⁹ Según el artículo 152 de la Ley Electoral de 1991 “el partido político, frente, alianza o coalición que participe en las elecciones generales y no obtenga un mínimo de cincuenta mil votos estará obligado a

Igualmente, y desde la Constitución de 1967, si ninguna fórmula presidencial obtiene la mayoría absoluta de los sufragios en la primera votación, se elegirá al presidente a través de una “*elección en segundo grado*” en el Congreso. La cantidad de candidatos que participan de esta segunda ronda ha variado: inicialmente y con el artículo 90 de la Constitución de 1967 participaban los tres primeros candidatos en las votaciones, pero la reforma de 1994 introdujo que solo podrían participar los dos primeros candidatos buscando que la

voluntad de la mayoría no fuese tan fuertemente desviada. Esta regla constitucional, articulada con los altos grados de fragmentación partidista, produjo la necesidad de recurrir a las alianzas dentro del parlamento, ya que ninguna de las fórmulas presidenciales alcanza la mayoría requerida de los votos para lograr la silla presidencial en la primera vuelta. Esta dificultad de los partidos políticos por lograr una mayoría absoluta de los votos en las elecciones generales se muestra claramente en el cuadro que presento a continuación.

Cuadro No. 2

PARTIDOS POLÍTICOS CON PRIMERA MAYORÍA EN LAS ELECCIONES CON VOTO UNIVERSAL

(porcentaje y votos totales).

Año	Partido	Porcentaje	Votos obtenidos
1956	MNR	84.43	786.729
1960	MNR	76.10	735.619
1964	MNR	97.89	1,114,717
1966	FRB	67.14	667,805
1978	UNP	50.87	985,140
1979	UDP	35.99	528,696
1980	UDP	38.74	507,173
1985	ADN	32.83	493,735
1989	MNR	25.65	363,113
1993	MNR	33.80	
1997	ADN	22.3	
2001	MNR	22.46	

Fuente: Political Database of the Americas (1999) “Bolivia: elecciones presidenciales de 1993”, Georgetown University and the Organization of American States.

In: <http://www.georgetown.edu/pdba/Elecdata/Bolivia/pres93.html>.

devolver al Tesoro General de la Nación la cuota parte que le corresponda por el costo de la papeleta sobre de sufragio de los departamentos en que ha participado”.

Las coaliciones político-gubernamentales en Bolivia han estado presentes en varias ocasiones tras el regreso a la democracia. Recordemos que el largo período de gobiernos dictatoriales e inestabilidad política se inició entre 1971 y 1978 cuando Hugo Bánzer Suárez gobernó el país tras un exitoso golpe de Estado. Entre 1978 y 1982 se da un inestable proceso de transición democrática tras una importante movilización dentro de los sectores populares bolivianos y el apoyo del presidente norteamericano Jimmy Carter al respeto por los derechos humanos en el continente. En el proceso de transición gobierna durante cuatro meses el candidato oficial de Bánzer, el general Juan Pereda. Luego se realizan varios golpes de Estado: el del general David Padilla Arancibia en 1978, en noviembre de 1979 con el coronel Alberto Natusch Busch, en julio de 1980 el del general Luis García Meza Tejada, hasta que, finalmente, se realizan unas elecciones presidenciales relativamente limpias en 1982 cuando fue elegido Hernán Siles Zuazo como presidente, tras organizar una fuerza política que aglutinó a varios sectores de izquierda.

Para elegir la fórmula presidencial de Hernán Siles Zuazo, y Jaime Paz Zamora en 1982, se formó una alianza llamada Unidad Democrática y Popular, UDP, constituida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda, MNRI⁴⁰, el Movimiento Izquierda Revolucionaria, MIR⁴¹ y el Partido Comunista, alianza que ganó tres elecciones consecutivas: La primera en 1978 en que hubo fraude, 1980 cuando se produjo el golpe de García Meza y, finalmente, el triunfo de 1982.

Por su parte, el triunfo de Víctor Paz Estenssoro en 1985, el cual lo condujo a su tercera presidencia⁴² se alcanzó gracias al apoyo dado en el Congreso por parte del MNRI, el MIR y otras formaciones políticas. Con esta alianza se evitó que el ex dictador Hugo Bánzer accediera al gobierno tras haber alcanzado la mayoría relativa de los sufragios en las elecciones presidenciales con el 28,5%, seguido por Víctor Paz Estenssoro con el 26,4%. En 1989 Jaime Paz Zamora del MIR llegó al gobierno tras haber alcanzado sólo el 19,6% del apoyo popular en las urnas, gracias al apoyo de Hugo Bánzer como cabeza del ADN, el Partido Demócrata Cristiano,

⁴⁰ El MNRI, surgió en 1971 cuando el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se dividió en dos: el MNR-Histórico de Paz Estenssoro y el MNR de izquierda liderado por Hernán Siles Suazo (Parlatino y IRELA, 1997).

⁴¹ El Movimiento de la Izquierda Revolucionaria MIR fue fundado en 1971. Para 1985 el partido se dividió en la fracción liderada por Antonio Aranibar, quien fundó el partido MIR-Bolivia Libre, MIR-BL, después denominado Bolivia Libre (Parlatino y IRELA, 1997).

⁴² Tercera presidencia de Víctor Paz Estenssoro (1985-1989). La primera presidencia fue entre 1952 y 1956, la segunda presidencia entre 1960 y 1964.

y un nuevo partido Conciencia de Patria, Condepa, del *outsider* Carlos Palenque Avilés. El acuerdo entre el MIR y la ADN se formaliza con la firma del “*Acuerdo Patriótico*”, que implicó una repartición de los ministerios en partes iguales entre los dos partidos: el MIR mantuvo las carteras sociales y la de Interior, y ADN logró el Ministerio de Asuntos Exteriores, Defensa y Finanzas.

Según René Mayorga al hacer una descripción analítica de esta alianza, el gobierno de Paz Zamora (1989-1993) fue el primer gobierno que se basó en una coalición tanto parlamentaria como gubernamental y se caracterizó por establecer mecanismos paritarios en la distribución de responsabilidades ministeriales y de cargos en la administración estatal y, en general, en la distribución clientelista del poder. Esta coalición ha sido considerada por Mayorga como la más heterogénea en la historia de este país, pues fue liderada por el partido de Hugo Bánzer, Acción Democrática Nacionalista de corte conservador y uno de los defensores de la economía de mercado en Bolivia, que integró en sus listas a miembros de pequeñas fuerzas políticas de distinta corriente, desde la liberal hasta la indigenista; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de tendencia socialdemócrata y algunos partidos de corte populista, como Conciencia de Patria y la Unidad Cívica Solidaridad (UCS)⁴³.

En cuanto al gobierno de Sánchez de Lozada (1993-1997), Mayorga analiza como éste se organizó sobre la base de una alianza con una orientación programática común tanto parlamentaria como gubernamental de tres partidos: MNR, UCS y Movimiento Bolivia Libre MBL. Posteriormente se produjo una ruptura por desacuerdos entre el MNR y UCS, una coalición con una mayoría casi de dos tercios que emergió de acuerdos establecidos por el MNR separadamente con sus aliados: el “*Pacto por la Gobernabilidad*” con el MBL y el “*Pacto por el Cambio*” con UCS. Pero dada la magnitud del triunfo electoral de Sánchez de Lozada por una mayoría relativamente amplia, 36,8% frente al 20% de AP, 14% de UCS y al 5% del MBL, esta coalición se diferenció notoriamente de los dos pactos anteriores por el rol y el peso hegemónico del presidente y el rol preponderante del MNR en la distribución de responsabilidades ejecutivas en el gabinete y en la administración estatal.

Para 1997, el exdictador Hugo Bánzer Suárez logró llegar al poder con el menor porcentaje alcanzado hasta entonces por una fórmula presidencial desde la restauración del régimen democrático. La alianza que se organizó, llamada “Compromiso por Bolivia”, aglutinó al ADN, el MIR, la Democracia Cristiana, Condepa, la Nueva Fuerza Republicana, NFR, Unión Cívica Solidaridad, el Frente Revolucionario de Izquierda, FRI, y el Katarismo Naciona-

⁴³ Mayorga, 1997.

lista Democrático, KND. Esta coalición le permitió a Bánzer ser investido por el Congreso con 118 votos contra 30. Tal como lo expresa René Mayorga (1997), la coalición ‘Compromiso por Bolivia’ se distinguió de las coaliciones anteriores en varias dimensiones. En primer lugar, en virtud de la obsesión de Bánzer de ser el presidente de la unidad y la conciliación, y también del propósito inicial, rápidamente frustrado, de desmontar la política de reformas del anterior gobierno. En segundo lugar, en relación con el hecho de que esta alianza ha sido la coalición de mayor envergadura en la historia democrática reciente: es decir, una coalición que integró, desde su nacimiento y hasta agosto de 1998, la mayor cantidad de socios posibles: cuatro partidos mayoritarios como ADN, UCS, MIR y CONDEPA, y ocho partidos menores si tomamos en cuenta que ADN y MIR establecieron alianzas con partidos pequeños como el PDC, el NFR, el FRI y ASD⁴⁴.

Las alianzas desarrolladas en torno de la relación entre los gobernantes y los gobernados se han desarrollado básicamente sobre una lógica de inclusión subordinada, tanto activa como pasiva, del pueblo a las elites gobernantes. Esta sumisión tiene un importante punto de desarrollo tras la Revolución de 1952 y, en particular, las reformas políticas y económicas que ésta impuso como la nacionalización de las

minas (1952), la reforma agraria (1953) y el voto universal (1956). Siguiendo a Silvia Rivera Cusicanqui (1983), esta relación ha tenido como actor principal al campesinado y ha atravesado por dos fases de subordinación de los trabajadores rurales al Estado. Primero, una fase de subordinación activa del campesinado al Estado tras el triunfo de la Revolución de 1952, donde las milicias campesinas y urbanas derrotan al ejército y se consolida un aparato sindical paraestatal que sirve de sustento fundamental a la nueva forma estatal que se despliega. Segundo, la fase de subordinación pasiva del movimiento campesino al Estado, que culmina con el desarme de las milicias rurales y la firma del pacto militar campesino en 1966:

“El pacto militar-campesino es una estructura institucional de enlace entre el sindicato paraestatal y el ejército, que sustituyó a la articulación sindicato-partido vigente durante el período del MNR. A través del pacto, el ejército asume el control directo del funcionamiento del aparato sindical campesino, y garantiza la eficacia de las tareas de control preventivo de la población a través de Acción Cívica de las fuerzas armadas y entidades estatales controladas por la burocracia militar como alcaldías y prefecturas departamentales”⁴⁵.

Rivera Cusicanqui, de igual manera, anota que el control y la subordinación del movimiento campesino al Estado no

⁴⁴ Moyorga, 1997.

⁴⁵ Rivera Cusicanqui, 1983: 136-137.

eran homogéneos. Por ejemplo, durante la presidencia del general Barrientos fue más eficaz en Cochabamba y en el norte de Potosí que en el altiplano, donde los campesinos se opusieron a la reforma fiscal que buscaba incorporar al campesinado como contribuyente directo del fisco. Otro de los actores de esta inclusión subordinada de los sectores populares al Estado son los obreros sindicalizados en la Central Obrera Boliviana, COB. Es importante tener en cuenta que tras una primera etapa de autonomía relativa de la instancia sindical, y con el triunfo de la Revolución Nacional de 1952, se inicia una rápida burocratización de esta organización que permitió que se convirtiera en un dócil instrumento de la dirección del partido MNR y una etapa colaboracionista entre los obreros sindicalizados y el gobierno⁴⁶.

Para concluir este aparte podemos anotar que, frente al tema del presente ensayo, los ecos del estilo de hacer política basado en la cooperación y en las dinámicas de alianza ha implicado una “protección” contra el ascenso de prácticas populistas en la política nacional. Por un lado, las dinámicas de cooperación presentes en el espacio institucional constituyen un límite informal a las lógicas personalistas del populismo, pues ningún líder es capaz de lograr la centralidad política que se requiere sin el apoyo de otros partidos

políticos. Esta política de la cooperación implica que los diferentes líderes políticos, que logran el ascenso al poder, están limitados fuertemente en su accionar por las exigencias políticas de los partidos que los acompañaron. Estas exigencias se basan en la repartición de puestos burocráticos dentro de los diferentes grupos políticos que apoyan al candidato.

Por otro lado, las estrategias de inclusión subordinada de los sectores populares a la arena política pueden ser analizadas como propias del módulo de estructuras que vinculan al Estado y a la sociedad dentro del corporativismo, pues al implicar la activación controlada del sector popular, impide que la activación política no controlada institucionalmente, propia de los líderes populistas en proceso de consolidación, diera espacios a la formación de gobiernos personalistas y mesiánicos. En este sentido, O’Donnell considera al corporativismo como el principal mecanismo del Estado para vincular al sector popular a través de canales como las elecciones, el control de organizaciones, la promoción de actos de protesta y las relaciones informales entre funcionarios públicos y sectores de la sociedad civil, y garantizar así su integración controlada y su exclusión⁴⁷.

Considero, entonces, que tanto el estilo de gobernabilidad basado en las

⁴⁶ Lora, 1983: 182-187.

⁴⁷ Para un análisis del corporativismo en América Latina ver O’Donnell, 1998.

prácticas de cooperación institucional y los estilos de interacción entre los gobernados y los gobernantes, basados en la inclusión subordinada, constituyen límites normativos, es decir, con referencia a normas interiorizadas por los actores que participan del juego político y a la implementación y al éxito de las prácticas populistas en Bolivia. En el espacio formal de la política, los partidos políticos tradicionales y también los nuevos que ingresan se acoplan a las normas informales de cooperación que han prevalecido en la arena institucional boliviana. Estas prácticas informales, que inducen una forma cooperativa de habitar lo político institucional, están amparadas en reglas formales, fundamentalmente la especificidad constitucional boliviana que obliga a que, si ninguno de los partidos que participaron en las elecciones presidenciales logra la mayoría de los votos, el desempate se realizará en el Parlamento. Y en realidades políticas como el extremo fraccionalismo electoral que implica que en la mayoría de las elecciones nacionales ninguno de los partidos logra la mayoría de los votos necesarios para imponer su candidato presidencial, y con él, su programa político y su agenda de gobernabilidad.

Como sustento a esta estrategia de cooperación, la significativa presencia del clientelismo en Bolivia genera un incentivo adicional a los partidos políticos para que éstos se alíen, ya que esto les garantiza, sobre todo a los partidos más pequeños, posibilidades de acceso a los recursos del Estado a través de la realización de

alianzas. Estas coaliciones implican la repartición de puestos burocráticos dentro del Estado, puestos que los partidos podrán repartir dentro de sus militantes y que permiten “lubricar” y “revitalizar” la fidelidad política de ellos.

El estilo de interacción entre gobernados y gobernantes permite establecer los canales de comunicación entre estos dos sectores y mantener la independencia de algunas porciones organizativas de la sociedad civil boliviana, independencia que genera, de manera positiva, la constante formación y expresión de demandas sociales propias y, como su contrapartida negativa, conflictos permanentes que generan inestabilidad por la ausencia de soluciones políticas acertadas. Analicemos estos espacios de autonomía y sus efectos sobre la ausencia de populismo en Bolivia.

Resistencia popular: el desencuentro entre la organización popular y los populismos

Paralelamente a estas prácticas de inclusión política subordinada de los sectores populares al Estado y de cooperación política entre los partidos, se han efectuado, en algunos sectores populares, procesos de autonomización política. En este sentido, varios movimientos sociales entre los que podemos mencionar a los sindicatos obreros, los sindicatos campesinos, los sindicatos de productores de hoja de coca, los sindicatos de maestros, entre otros, han desarrollado una diná-

mica confrontacional frente al Estado boliviano. Esta dinámica se sustenta en un importante proceso de aprendizaje político, respaldado por la memoria entre los sectores populares organizados del triunfo de la Revolución de 1952, hecho en el cual las milicias populares urbanas y rurales derrotaron al ejército nacional, establecieron un gobierno nacionalista y realizaron importantes reformas políticas como el voto universal, una importantísima reforma agraria que acabó con las bases del poder terrateniente, entre otros.

De igual forma, este talante confrontacional se sustenta en una realidad étnica y organizativa dada porque la gran mayoría de la población boliviana pertenece y se identifica con las diferentes comunidades indígenas, comunidades que han vivido significativos procesos organizativos y de empoderamiento político. Para estos sectores la relación entre los indígenas, “*nosotros*”, y la comunidad política central, “*ellos*” sólo puede ser vista en términos negativos y de suma cero, pues, consideran que los líderes “*blancos*” tradicionales que han manejado el poder no están dispuestos a negociar la participación real y efectiva de los indígenas en la política formal⁴⁸.

Este componente indígena redescubierto en la política boliviana se relaciona fuertemente con el surgimiento del Katarismo y con otros procesos políticos y sociales autónomos que permitieron que algunos sectores populares lograran un nivel de organización muy importante, aunque su autonomía del régimen político institucional sigue siendo relativa⁴⁹. El movimiento Katarista floreció en la década de los sesenta en torno a las luchas del movimiento indígena por “*autonomizarse de los tentáculos del Estado de la Revolución del 52, y del pacto militar campesino que tomó las riendas del dominio político sobre los campesinos, luego de la caída del MNR en 1964*”⁵⁰. En cuanto al poder político y organizativo alcanzado por los campesinos cocaleros en la zona del trópico de Cochabamba, éste constituye una nueva fuente de autonomía política para estos sectores populares. Poder logrado gracias a su importante nivel de organización y a sus exitosas estrategias de confrontación con la política antidrogas que logró introducir, tanto el discurso indigenista a las luchas que ellos adelantan como el discurso anti-norteamericano que tanta presencia y eco tiene en Bolivia⁵¹.

⁴⁸ Dentro de la teoría de juegos se considera que los juegos de suma cero son aquellos que se caracterizan por la situación en la cual, donde dos o más actores se relacionan, la ganancia obtenida por un actor implica necesariamente la pérdida para el otro.

⁴⁹ Ver Rivera Cusicanqui (1983) donde se presenta una muy interesante comprensión de los procesos de subordinación y ruptura del campesinado con el Estado de 1952.

⁵⁰ Uno de los principales documentos de este movimiento es el Manifiesto Tawanacu donde se expone y presenta la teoría de los dos ojos frente a la constitución del movimiento indígena: por un lado, el ojo étnico-cultural, por otro lado el ojo social o de clase. Gamboa, 2001: 162.

⁵¹ Pinto Ocampo, 2004a y 2004b.

Podemos afirmar que estos discursos étnicos, amparados en importantes procesos organizativos autónomos, constituyen condicionantes discursivos frente a las propuestas populistas. Por ejemplo, Oxhorn muestra como en ausencia de identidades colectivas capaces de unificar a los sectores populares, el populismo provee una identidad integradora capaz de dar respuesta por lo menos a algunas de las preocupaciones de las clases sociales bajas. Por el contrario, podríamos argumentar que en Bolivia la presencia de discursos étnicos que lentamente han ido adquiriendo mayor coherencia y fuerza política constituye una importante identidad colectiva de los sectores populares, identidad que genera una barrera a discursos populistas integradores⁵².

En este sentido, en la actualidad, los sectores indígenas han adquirido una importante independencia política conduciéndolos a demandar líderes políticos orgánicamente vinculados con las comunidades de origen, y que aparecen como una importante fuente de competencia a los líderes populistas o neopopulistas que buscan romper con instancias tradicionales de intermediación. Si bien, podríamos considerar que líderes como Evo Morales y Felipe Quispe presentan importantes elementos discursivos de una visión “*nosotros contra ellos*”, propia de los liderazgos populistas, el fuerte control que ejerce toda la estructura sindical constitu-

ye un limitante para que ellos adquirieran una verdadera faceta populista, según la cual se apela directamente al pueblo sin intermediarios.

La matriz de intermediación de intereses, propia del populismo, entra en contradicción con las organizaciones sindicales de Bolivia, las cuales actúan como canales de expresión de intereses populares. Esta situación ofrece una barrera a los intentos de líderes populistas que buscan “saltar” estas organizaciones intermediarias y apelar directamente al pueblo. Los intentos recientes por saltar estas barreras han resultado en saltos mortales sin buenos resultados para los líderes con tintes populistas, sólo recordemos la reciente caída de Gonzalo Sánchez de Lozada.

Al populismo le interesa o bien la desmovilización o bien la movilización condicionada de algunos sectores a los intereses del líder. Los altos niveles de movilización emancipatoria presentes en Bolivia juegan como factores que aíslan al sistema social y político contra el éxito de este estilo de liderazgo. Por ejemplo, Weyland en su ya citado trabajo, al analizar el caso de Fujimori considera que éste obtuvo su poder gracias al reconocimiento simbólico dado a los sectores excluidos quienes tradicionalmente se habían sentido apartados del proceso de construcción nacional. Por el contrario, en el caso de Bolivia, las comunidades populares como los indios, los campesinos, particularmente los cul-

⁵² Oxhorn, 1997: 15.

tivadores de hoja de coca, no buscan ser “*incluidas*” en la gran comunidad nacional sino transformar esa comunidad nacional a partir de nuevos criterios nacionales, por lo que los procesos de inclusión-dependiente que practican los populistas no encuentra un suelo fértil para desplegarse. De igual manera, estas identidades étnicas que se expresan en el ámbito político en Bolivia permiten establecer unos intereses generales para los miembros del grupo y, a partir de estos intereses, establecer demandas identificables frente al régimen y lograr importantes triunfos políticos dentro de la política nacional⁵³.

Del mismo modo, la combinación entre las lógicas de inclusión desarrolladas en las diferentes arenas políticas y las lógicas de autonomía organizativa de los sectores populares, permite que se mantenga vivo y en permanente conflicto el vínculo entre los gobernados y los gobernantes. Estas lógicas son reactualizadores permanentes de las exigencias de los gobernados frente al sistema político y permiten unos canales de comunicación entre los ciudadanos y el gobierno. Pero no podemos desconocer que, irónicamente, esta fuerte e implacable actividad política organizacional de los sectores populares se traduce, dentro de un nicho de fuerte debilidad institucional, en una continua

inestabilidad política. Ya Huntington había anotado que si las sociedades en vías de desarrollo no eran capaces de fortalecer su capacidad institucional, a la par con el desarrollo económico y organizativo de sus sociedades, esto daría paso a procesos de violencia e inestabilidad⁵⁴.

Inestabilidad que no puede ser explicada por la debilidad de la sociedad civil, sino al contrario, por su fortaleza. Paradójico frente a los argumentos expuestos por Tocqueville respecto del potencial democratizador de los grupos sociales en los Estados Unidos, en Bolivia tenemos que estos mismos grupos significan la debilidad institucional de una democracia en ciernes. Concluyamos, entonces, esta pequeña reflexión con algunas consideraciones con respecto de la inestabilidad política.

5. LA INESTABILIDAD POLÍTICA COMO CONTRAPARTIDA DE LA AUSENCIA DE POPULISMOS

Para concluir quisiera considerar como la contrapartida del fracaso del establecimiento de formas de hacer políticas populistas es la fuerte inestabilidad política que vive Bolivia en la actualidad. Considero que entre los principales factores explicativos de esta combinación está el hecho

⁵³ Basta no más comparar las políticas antidrogas desarrolladas en Colombia con las de Bolivia para entender estos importantes triunfos de los sectores subalternos en Bolivia.

⁵⁴ Huntington, 1990.

de que actualmente la implementación de la agenda neoliberal y de seguridad dentro de la región andina necesita de líderes neopopulistas que impidan una fuerte movilización social independiente, y que limiten la crisis política generada por los efectos de estas políticas. Irónicamente, la ausencia del neopopulismo en Bolivia no se expresa por la existencia de partidos políticos fuertes que han vacunado al sistema político contra líderes carismáticos con discursos mesiánicos, sino por la presencia de unos altos niveles de movilización social dentro de la sociedad boliviana.

Es así como neoliberalismo y neopopulismo tienen un importante dispositivo autoritario en su estilo de gobierno. En cuanto al neoliberalismo, los gobiernos tienen un componente tecnocrático que excluye de la agenda política algunos temas, por ejemplo, las rondas de negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, así como las estrategias personalistas y cerradas en la toma de decisiones de los líderes populistas cuando llegan al poder. Este componente autoritario choca con las prácticas de participación en la toma de decisiones que demandan los sectores populares autónomos y movilizados de Bolivia. En este sentido, Oxhorn muestra que el populismo elimina las de-

mandas excesivas de los sectores populares sobre las instituciones democráticas que aún permanecen en pie⁵⁵. Mientras que en Bolivia, la ausencia de esta eliminación ha conducido al “exceso” de demandas y a la sobrecarga del sistema, siguiendo así la analogía de la descripción hecha desde la lógica de la gobernabilidad a la crisis del sistema democrático⁵⁶.

Pero como contrapartida a la inestabilidad política y social que ha vivido Bolivia durante los últimos años, este mismo desequilibrio le ha permitido mantenerse por fuera de las presiones provenientes de los Estados Unidos y de instancias financieras internacionales con respecto de la profundización de las políticas neoliberales y las negociaciones para la firma de un posible tratado de libre comercio con los Estados Unidos. Bolivia gracias (o por culpa) de esta situación de grave inestabilidad no sufre las mismas presiones por parte de estos agentes externos, por el contrario, podríamos considerar a Bolivia como uno de los pocos países de América Latina que ha logrado discutir e implementar políticas económicas separadas de los lineamientos generales.

Por ejemplo, pensemos en los efectos de la Guerra del Agua (abril de 2000) y la Guerra del Gas (2003) y las demandas

⁵⁵ Oxhorn, 1997.

⁵⁶ Para los análisis centrados en el problema de la gobernabilidad, la crisis de la democracia de los años setenta se explicaba por un exceso de demandas al sistema político, el cual era incapaz de darles respuesta. Por esto la propuesta neoliberal de trasladar estas demandas desde la arena política hasta el mercado a través de la privatización.

por mejorar las condiciones de venta de los recursos naturales a las multinacionales, sobre todo el gas y el petróleo. La inestabilidad política de Bolivia se convierte en un elemento a favor de su independencia macroeconómica, pues en el orden de preferencia de los Estados Unidos es más negativo el posible ascenso de líderes de izquierda a instancias de poder nacional, por ejemplo Evo Morales, que la baja implementación de las políticas de apertura económica a los mercados estadounidenses⁵⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, Gabriel y Sidney Verba. (1992). [1963]. “La cultura política”, en: Albert Batlle, *Diez textos básicos de la ciencia política*, Barcelona, Editorial Ariel, pp. 171-201.
- Barr, Robert. (2003). “The persistence of Neopopulism in Peru? From Fujimori to Toledo”, en: *Third World Quarterly*, Vol. 24, No. 6, pp. 1161-1178.
- Burbano de Lara, Felipe y Carlos De la Torre Espinosa. (1989). “Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador”, en: Felipe Burbano de Lara y Carlos De la Torre Espinosa. *El populismo en el Ecuador*, Ecuador, Editorial Ildis, pp. 11-65.
- Centellas, Miguel. (1999). “The Consolidation of Polyarchy in Bolivia, 1985-1997”, Prepared for delivery at the 57th Annual Meeting of the Midwest Political Science Association, Chicago, 15-17 April 1999.
- Cohen, Jean y Andrew Arato. (2002). *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económico, pp. 23-27.
- Collier, David. (1985). [1979]. “Visión general del modelo burocrático autoritario”, en: David Collier, *El nuevo autoritarismo América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica. pp. 25-38.
- Collier, David y James Mahon. (1993). “Conceptual “Stretching” Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis”, en: *The American Political Science Review*, Vol. 87, No. 4 (diciembre 1993), pp. 845-855.
- De la Torre, Carlos. (1997). “Populism and democracy. Political discourses and cultures in contemporary Ecuador”, en: *Latin American Perspectives*, Issue 94, Vol. 24 No. 3, Mayo 1997, página 12-24.
- (2004). “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”, en: *Revista Políticas*, No. 2, junio de 2004, pp.111-130.
- Dorndusch, Rudiger y Edwards, Sebastián. (1992). (compiladores) *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México: Fondo de Cultura Económico.
- Dugas, John. (2003). “The emergence of Neopopulism in Colombia? The case of Álvaro Uribe”, en: *Third World Quarterly*, Vol. 24, No. 6, pp. 1117-1136.

⁵⁷ Esta es la misma dinámica que se expresa en la definición de las políticas antidrogas hacia Bolivia, donde Estados Unidos mantiene un bajo nivel de exigencia hacia el gobierno de La Paz, sobre todo si lo comparamos con respecto de Colombia. Recordemos que en Bolivia está prohibida la utilización de métodos químicos en los procesos de erradicación de la droga, mientras que en Colombia hasta los parques naturales están siendo fumigados con glifosato.

- Gamarra, Eduardo. (1997). "Hybrid Presidentialism and democratization: The case of Bolivia", En: Mainwaring, Scott y Matthew Shugart, *Presidentialism and democracy in Latin America*, Cambridge University Press, EUA.
- Gamboa, Franco. (2001). *Itinerario de la esperanza y el desconcierto*, Bolivia: Muela del Diablo Editores.
- Hagopian, Frances. (2000). "Political development, revisited", en: *Comparative Political Studies*, agosto-septiembre de 2000, Vol. 33, Issue 6/7.
- Held, David. (1987). *Modelos de democracia*. México: Editorial Alianza Universidad.
- Huntington, Samuel. (1990). [1968]. *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Knight, Alan. (1998). "Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially Mexico", en: *Journal of Latin American Studies*, Vol. 30, No. 2 (mayo, 1998), pp. 223-248.
- Lipset, Seymour Martín. (1992). [1959]. "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política", en: Almond, Gabriel y Albert Batlle, *Diez textos básicos de la ciencia política*, Barcelona: Editorial Ariel, pp. 113-150.
- Lora, Guillermo. (1983). "La clase obrera después de 1952", en: René Zavaleta Mercado (comp.) (1983) *Bolivia: hoy*, México: Siglo XXI Editores, pp. 169-218.
- Mayorga, Antonio René. (2002). "Outsiders and neopopulism: the road to plebiscitarian authoritarianism", ponencia presentada al seminario: The crisis of democratic representation in the andes, Kellogg Institute of International Studies, University of Notre Dame, mayo 2002. Fuente: <http://www.nd.edu/~kellogg/pdfs/mayorgaa.pdf>.
- O'Donnell, Guillermo. (1998). "Acerca del corporativismo y la cuestión del Estado", en: Jorge Lonzo (comp.), *El fin del siglo del corporativismo*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, pp. 121-168.
- Oxhorn, Philip. (1997). "Understanding Latin America's Populist Scourge Problems of Popular Sector Class Formation and Collective Action", paper presented at the Latin American Studies Association International Congress, Guadalajara, Mexico, April 16-19, 1997.
- Palacios, Marco. (1971). *El populismo en Colombia*, Medellín: Editorial Siuasinza.
- Parlatino y IRELA. (1997). *Manual de los partidos políticos de América Latina*, Madrid.
- Pinto Ocampo, María Teresa. (2004). *Las movilizaciones cocaleras en Colombia y en Bolivia. Una aproximación comparativa de los procesos políticos, las instancias organizativas y los marcos interpretativos*. Tesis para optar el título de Magister en Estudios Políticos. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- (2004b). "Campesinos cocaleros en Colombia y en Bolivia", en: *Revista Políticas*, No. 3, diciembre de 2004. Universidad del Valle.
- Political Database of the Americas (1999). "Bolivia: Elecciones Presidenciales" [Internet]. Georgetown University and the Organization of American States. En: <http://www.georgetown.edu/pdba/Elecdato/Bolivia/pres93.html>

- Rivera Cusicanqui, Silvia. (1983). “Luchas campesinas contemporáneas en Bolivia: el movimiento Katarista: 1970-1980”, en: René Zavaleta Mercado (comp.) (1983) *Bolivia, hoy, México*: Siglo XXI Editores, pp. 129-168.
- Schumpeter, Joseph. [1942] (1952). *Capitalismo, socialismo y democracia*, España: Editorial Aguilar.
- Stein, Steve. (1980). *Populism in Peru. The emergence of the masses and the politics of social control*, EUA: University of Wisconsin Press.
- Tarrow, Sydney. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Editorial.
- (1999). “Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales”. En: McAdam, Doug; John McCarthy y Mayer Zald (editores). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, España: Editorial Istmo, pp. 71-99.
- Tejerían, Benjamín. (1998). “Los movimientos sociales, y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerían (Editores). *Los movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*, España: Editorial Trotta, pp. 111-138.
- Tilly, Charles; Louise Tilly y Richard Tilly [1975] (1997). *El siglo rebelde 1830-1930*, España: PUZ. pp. 24-28 y 313-346.
- Tilly, Charles. (1998). “Conflicto político y cambio social”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerían (Editores). *Los movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*, España: Editorial Trotta. pp. 25-41.
- Tocqueville, Alexis. (1996). *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weyland, Kurt. (1999). “Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe”, en: *Comparative Politics*, Vol. 31, No. 4 (julio), pp. 379-401.
- (2003). “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: how much affinity?”, en: *Third World Quarterly*, Vol. 24, No. 6, pp. 1095–1115.